

Revista
de la
Asociación
de Alumnos
de Postgrado
de Filosofía

TALES

Número 2 – Año 2009
ISSN: 2172-2587

Actas
II Congreso de Jóvenes
Investigadores en
Filosofía

**Pensamiento
Poliédrico**

Madrid 28-30 de Octubre 2009

Revista de la Asociación de
Alumnos de Postgrado de Filosofía
TALES

Número 2 – Año 2009

ISSN: 2172-2587

Actas

II Congreso de Jóvenes Investigadores en Filosofía

Filosofía en el siglo XXI

Madrid 28-30 de Octubre 2009



Vicedecanato de Estudios y Convergencia Europea
Facultad de Filosofía
Universidad Complutense de Madrid



TALES

Asociación de Alumnos
de Postgrado de Filosofía
Universidad Complutense
de Madrid

La superación lógica y mística del límite entre yo y mundo: Nuevas lecturas del *Tractatus* de Wittgenstein

Jorge Ruiz Abánades
Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

Este texto pretende acercar la filosofía del “primer” Wittgenstein al movimiento de reacción contra los presupuestos metafísicos y epistemológicos de la Modernidad, equiparándolo de cierto modo con las filosofías de Hegel o Nietzsche. En particular, el artículo se centra en la problemática del dualismo cartesiano —la distinción entre Yo y Mundo—, y ofrece una relectura del *Tractatus* en la que dicha distinción resulta asimilada y superada.

Palabras clave

Wittgenstein, *Tractatus*, lógica, mística

Abstract

The purpose of this paper is to bring the earlier Wittgenstein closer to the countermovement against the metaphysical and epistemological assumptions of Modernity; here Wittgenstein’s philosophy is compared, in a way, with the philosophy of Hegel and Nietzsche. This paper is particularly focused on the Cartesian dualism problem —the distinction between the Self and the World— and it offers a reinterpretation of Wittgenstein’s *Tractatus* where this distinction is assimilated and overcome.

Keywords

Wittgenstein, *Tractatus*, logic, mystic

1. Sobre la superación del límite entre yo y mundo (un resumen)

Este título nos ubica frente al problema fundamental de la filosofía de la Modernidad, inaugurado por Descartes con su metafísica de las dos sustancias: las *res cogitans* y la *res extensa*. Por lo que respecta a mi interés ahora, lo más fundamental es comprender que tal dualismo metafísico entraña toda la discusión epistemológica, pues abre un campo de reflexión acerca de la subjetividad y la objetividad; la Filosofía debía dar razón de ambas sustancias, y fundamentar que aquello que cada conciencia conoce subjetivamente, se corresponde "de verdad" (objetivamente) con una realidad externa (justamente objetiva).

Kant sintetizó los discursos de empiristas y racionalistas, replanteando la cuestión epistemológica por medio de sus nociones de "fenómeno", "juicio sintético a priori", las "categorías", las "intuiciones puras" y demás elementos de su filosofía trascendental. Entre estos elementos, en efecto, cabe incluir también el Yo y el Mundo-*en-sí* (o el *noúmeno*), que si bien no pueden ser "conocidos" (pues lo conocido son los fenómenos), debemos suponerlos como los dos polos de la relación cognitiva: el sujeto cognoscente y el objeto-*en-sí* conocido. El "hecho del conocimiento" y, por ende, la epistemología, presuponen el dualismo cartesiano, constituyéndose este dualismo como el verdadero eje motriz de la filosofía de la Modernidad.

Así, no contenta la Filosofía con tener que dar cosas por supuestas, se inicia tras Kant un nuevo camino de reflexión y de crítica sobre el propio dualismo, cristalizando en los sistemas contrarios de Fichte y Schelling: la realidad absoluta del Yo frente a la realidad absoluta de la sustancia externa. Sin embargo, ninguno de los dos discursos metafísicos conseguiría evadirse del problema, pues cada uno sólo se comprende como oposición al otro (tanto como el concepto "externo" sólo se comprende por oposición a "interno"); ambos (Fichte y Schelling) se negaban uno al otro tozudamente y sin solución.

A este conflicto, fue Hegel el que primero y más directamente halló una "solución" (o "disolución"): un planteamiento filosófico, basado en la Lógica Dialéctica, capaz de comprender ambos sistemas, comprendiendo de qué modo uno y otro se requieren (al tiempo que se repelen), comprendiendo la "identidad" que hay entre ellos. Hegel comprende, en efecto, que el sujeto y la subjetividad sólo pueden definirse como oposición al objeto y a la objetividad, y viceversa; es decir, que, en "Verdad", el límite que determina y define al Yo coincide enteramente con el límite que determina y define al Mundo (tanto como la línea que define el círculo, es LA MISMA que define todo lo que no es el círculo). Hegel halla así, en efecto, la identidad del sujeto y del objeto (algo que acontece al final de la *Fenomenología del Espíritu*, en el "Saber Absoluto"), y en ese momento, efectivamente, queda asimilado y superado el propio punto de vista fenomenológico y epistemológico, dando paso a la *Ciencia de la Lógica*. Hegel arranca del Yo (de Fichte) pero, al hallar su identidad con el Mundo (con

Schelling), supera tal distinción dualista; no para afirmar un monismo, sino el Absoluto (que no es Uno, pues no está determinado por ningún límite que le dé unidad, sino que es "Libre": por y para sí mismo determinado), que es tanto un Ser como un Pensar, una absoluta Autoconciencia, una Forma que se da a sí misma el Contenido, y un Contenido que es también su Forma... Esto es, para Hegel, "lo Verdadero", que no es otra cosa que la almendra lógica de todo sistema, la propia Dialéctica que nos ha guiado en el progreso fenomenológico (tanto individual como histórico) hacia la Verdad, hacia el Saber.

Sólo añadir, por último, que no sólo Hegel logró comprender y superar la Modernidad, sino que fue el impulso filosófico propio y característico del siglo XIX y de principios del XX (y muchos seguirán con lo mismo en nuestros días). Podríamos citar a Schopenhauer, y por supuesto y muy especialmente a Nietzsche, también en cierto modo a Husserl, incluso a Freud, y a un sinfín de poetas y artistas de esos tiempos (Poe, Mallarmé, Rilke...); podemos citar a Heidegger, y a sus continuadores (llamados, justamente, post-modernos)... Y, según pretendo mostrar, también debemos incluir en esta línea a Wittgenstein y a su *Tractatus*.

2. La interpretación canónica del *Tractatus*

La principal dificultad con la que nos enfrentamos a la hora de exponer esta interpretación del texto de Wittgenstein, es que ya existe una interpretación general más o menos establecida (aquella que usualmente se explica en nuestras universidades, dentro de las asignaturas de *Filosofía del Lenguaje* o *Filosofía de la Ciencia*), y esta interpretación canónica, introductoria, está muy lejos de atender a todo cuanto pretendo yo aquí mostrar. Básicamente, esta interpretación atiende a los rasgos más superficiales de la *Teoría de la figuración*, haciéndola concordar con los principios de la epistemología del Positivismo Lógico. Así, donde Wittgenstein escribía "proposiciones elementales" (que son las más simples *lógicamente hablando*), los positivistas entendían "proposiciones observacionales" (que están a la base del conocimiento, *epistemológicamente hablando*); donde Wittgenstein escribía "signos primitivos" (nombres propios *en sentido lógico*, cuyo significado debe ser *ya* conocido), los positivistas entendían "términos observacionales" (que refieren a propiedades observables y que condensan el contenido epistémico, cuyo significado se aprende *en* la observación)... Y cuando Wittgenstein hablaba del "mostrarse", de "lo místico", cuando hablaba del "límite del pensar" y del absurdo de más allá del límite, y cuando afirmaba que todo cuanto ha dicho (el propio *Tractatus*) es absurdo, entonces los positivistas, simplemente, dejaban de atender, achacándolo, quizá, al oscuro y críptico temperamento de Wittgenstein. Y, sin embargo, hoy podemos tener claro que todo esto, descuidado (no sin razones) durante las primeras generaciones de intérpretes, constituye el punto crucial del pensamiento filosófico

expresado en el *Tractatus*, y nos obliga a releer y a reinterpretar el sentido profundo de la *Teoría de la figuración* (que lejos de ser una epistemología, clarifica y disuelve el propio proyecto epistemológico).

No puedo en tan corto espacio exponer, ni siquiera resumidamente, los argumentos concretos que invalidan la interpretación positivista del *Tractatus*; mi exposición irá directamente al tema del Yo y del Mundo, tal y como Wittgenstein lo trata en su texto, y será eso mismo lo que nos sirva para comprender que, en efecto, el *Tractatus* pretende disolver el límite entre el Yo y el Mundo, disolviendo con ello los polos de la relación cognitiva, el propio proyecto epistemológico y, por extensión, la filosofía del Positivismo.

3. La disolución del yo y del mundo en el *Tractatus*:

3.1. Figuración y determinación

Hay, en verdad, varias formas de entrar en nuestro tema para llegar a la misma conclusión. Cabría comenzar por exponer en profundidad la *Teoría de la figuración*, para darse cuenta de que, en efecto, ésta no pretende sino ofrecer un criterio claro (lógico) de *determinación*. En el *Tractatus*, lo determinable coincide con lo pensable, con aquello figurable por medio de una proposición con sentido (perteneciente a *algún* lenguaje). Lo que la *Teoría de la figuración* ofrece, no es otra cosa que un criterio para saber qué hace falta para que una proposición tenga sentido y pueda, así, *determinar* un estado de cosas. Sólo los estados de cosas, los hechos posibles que son o no son el caso, pueden determinarse en virtud de la forma lógica que esconden, y son las proposiciones del lenguaje las que imponen esa forma lógica y esa determinación [3.4, 4.463 y 5.5561]. Siendo así, ha de comprenderse también que una proposición sin sentido no es capaz de determinar absolutamente nada, pues no figurará hecho alguno. Sólo nos queda, entonces, añadir, como de hecho hace Wittgenstein, que aquellas proposiciones en que aparece el Yo, entendido como sujeto del conocimiento, carecen de sentido y que, por tanto, aquello que pretenden determinar no halla determinación ninguna; y lo mismo sucede con el Mundo (no con los hechos, sino con el Mundo-como-totalidad). Ni una cosa ni la otra halla determinación y, en consecuencia, carece de sentido decir, por ejemplo, que Yo y Mundo son sustancias diferenciadas o algo parecido, pues no cabe determinar nada en virtud de lo cual Yo y Mundo sean diferentes. Y, entonces, si esto es así, si la propia representación del hecho cognitivo, donde se encuentran relacionados el Yo y Mundo, no es en "Verdad", representación ninguna, no cabe tampoco hablar del hecho cognitivo mismo ni, por supuesto, de la epistemología.

Los positivistas aprendieron bien de Wittgenstein que sólo hay un ámbito en el que tiene cabida la determinación y la "verdad" (la correspondencia entre figuras y hechos

determinados), y ese ámbito es el del lenguaje descriptivo y la ciencia; pero no atendieron a las consecuencias filosóficas que arrastra la propia determinación de ese ámbito; prueba de ello es, cabalmente, que el Positivismo es una epistemología (y no una ciencia), que dan crédito al hecho del conocimiento en cuanto tal. Cuando Wittgenstein escribía la última proposición de su libro: "*De lo que no se puede hablar, hay que callar*", entre otras cosas debía referirse al discurso epistemológico, y es justo esto lo que los positivistas se negaban a entender.

Ya con esto debiera ser suficiente para comprender la esencia de la cuestión, pues mis conclusiones acerca de la superación del límite entre Yo y Mundo se extraen, en efecto, directamente de la *Teoría de la figuración*, o de lo que ella es capaz de *mostrar* por medio de su propio límite, por medio de su propio absurdo. Aún así, pudiera parecer que mi extrapolación es exagerada, y sería así si Wittgenstein no hubiera incluido en su *Tractatus* algunas sentencias cruciales que justamente quieren apuntar hacia esa disolución del dualismo y la superación de la epistemología. Y esta será la vía en la que nos centraremos a continuación: señalaré las sentencias del *Tractatus* dedicadas a esta cuestión, y, después de todo, según creo, deben hablar casi por sí mismas.

3.2. Relectura del *Tractatus*

Son tan sólo un par de grupos de sentencias las que Wittgenstein dedica al problema que nos ocupa. Fundamentalmente son aquellas comprendidas entre 5.62 y 5.641, entre 6.4321 y 6.45 y algunas otras sueltas que también nos ayudan a entender el asunto. Yo iré citando estas sentencias, no en el orden en que aparecen en el *Tractatus*, sino en el orden que vaya exigiendo mi explicación.

Respecto a la negación del Yo como sujeto pensante, la sentencia más explícita es 5.631:

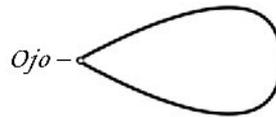
El sujeto pensante, representante, no existe. [] Si yo escribiera un libro 'El mundo tal y como lo encontré', debería informar en él también sobre mi cuerpo y decir qué miembros obedecen a mi voluntad y cuáles no, etc.; ciertamente esto es un método para aislar el sujeto o, más bien, para mostrar que en un sentido relevante no hay sujeto". Y sigue en 5.632: "El sujeto no pertenece al mundo, sino que es un límite del mundo.

Wittgenstein niega aquí explícitamente la posibilidad de determinar el Yo (entendido como sujeto representante), ubicándolo *fuera* del ámbito de la figuración, como siendo su límite. Pero, ciertamente, aún cabría pensar que el Yo posee una determinación en tanto que límite, comprendido como oposición al mundo que delimita, ubicado, pues, dentro de una figura en la que ha de aparecer el propio Yo puesto en relación frente al Mundo (como siendo el más basto y general estado de cosas). Pero no es esta, ciertamente, la idea de Wittgenstein,

y sólo hay que seguir leyendo para verlo expresado en el *Tractatus*:

[5.633] ¿Dónde encontrar en el mundo un sujeto metafísico? [] Dices que ocurre aquí enteramente como con el ojo y el campo visual. Pero el ojo no lo ves realmente. [] Y nada en el campo visual permite inferir que es visto por un ojo.

[5.6331] El campo visual no tiene, en efecto, y por así decirlo, una forma como esta:



Wittgenstein es de nuevo aquí claro y explícito: esta representación que hacemos del campo visual es, ciertamente, incorrecta, pues en ella aparece el ojo como parte integrante de la figura, mientras que el ojo no puede salir de sí mismo para verse a sí mismo y representarse. Análogamente, la representación metafísica en la que vemos al Yo en relación al Mundo, no se fundamenta en nada, pues debe ser claro que el Yo no puede salirse de sí mismo para contemplarse. Si verdaderamente tuviéramos que hacer una representación del campo visual *sin salir del ojo*, entonces quedaría claro que no podríamos representar nada más que las cosas observadas en su propia visibilidad instantánea, llenándolo Todo; pero no habría lugar siquiera a representar el campo visual como si estuviera limitado por una línea, como si hubiera algo *fuera* del campo visual (como, por ejemplo, el propio ojo), pues "sin salir del ojo" quiere decir, ciertamente, *sin ojo*; y si no hay ojo, entonces tampoco hay propiamente un campo visual. Y así lo apunta Wittgenstein, casi incidentalmente, en 6.4311: "[...] *Nuestra vida es tan infinita como ilimitado es nuestro campo visual*". Con ello Wittgenstein da a entender que el Yo carece de límites, y esto quiere decir, sobre todo, que carece de determinación (en otras jergas filosóficas, diríamos que está "abierto" o que es "libre"). Y el método, en este caso, es asumir *provisionalmente* un punto de vista fenomenológico, solipsista, absolutamente subjetivo, aceptando el verdadero sentido de la subjetividad (que implica que el sujeto no puede salirse nunca y bajo ningún concepto de sí mismo). Sólo hay que apreciar, ciertamente, que el propio concepto de "subjetividad" se disuelve al ser asumido, pues no nos permite salir para comprobar que, en efecto, se trata de una subjetividad que se halla frente una objetividad. Wittgenstein es plenamente consciente de ello, y así lo escribió:

[5.62] Esta observación ofrece la clave para resolver la cuestión de en qué medida es el solipsismo una verdad. [] En rigor, lo que el solipsismo entiende es plenamente correcto, sólo que eso no se puede decir, sino que se muestra.

Queda así claro que Wittgenstein encuentra la fisura en el dualismo cartesiano, haciéndose consciente de que la asunción de la subjetividad implica necesariamente su

absurdo y su disolución, es decir, la imposibilidad de que la propia subjetividad quede comprendida y determinada. Y es esto hacia lo que apunta toda vez la expresión "se muestra", pues lo que *se muestra* es aquello que no puede *decirse*, o sea, aquello que no puede determinarse ni comprenderse bajo figura ninguna, y que en el *Tractatus* es llamado también "lo místico" [6.522].

Y si hasta ahora hemos hablado tan sólo del Yo, queda indicar que el Mundo-*en-sí*, como unidad metafísica, corre LA MISMA suerte:

[6.44] No cómo sea el mundo es lo místico, sino que sea.

[6.45] La visión del mundo sub specie aeterni es su visión como-todo-limitado. El sentimiento del mundo como todo limitado es lo místico.

Y más aún:

[5.64] Se ve aquí cómo, llevado a sus últimas consecuencias, el solipsismo coincide con el puro realismo. El yo del solipsismo se contrae hasta convertirse en un punto inextenso y queda la realidad con él coordinada.

[5.63] Yo soy mi mundo. (El microcosmos.)

Después de todo, según creo, estarán claras las razones de tal identidad entre Yo y Mundo. Porque el solipsista, para afirmar su solipsismo, debe acudir una y otra vez a la presencia de los hechos que acaecen y que son comprendidos como *mis vivencias*; pero resulta que el realista debe acudir a lo mismo para afirmarse, pues debe señalar hacia los mismos hechos, comprendidos esta vez como exteriores e independientes del pensamiento. Unos y otros señalan hacia lo mismo, en efecto, porque *eso* (los hechos) es lo único que se puede señalar y determinar, gracias a la mediación del lenguaje. Y por esto dice Wittgenstein en 6.4321: "*Los hechos pertenecen todos sólo a la tarea, no a la solución*". Y también:

[6.4312] [...] (No son problemas de la ciencia natural los que hay que resolver.)

[6.52] Sentimos que aún cuando todas las posibles cuestiones científicas hayan recibido respuesta, nuestros problemas vitales todavía no se han rozado en lo más mínimo. Por supuesto que entonces ya no queda pregunta alguna; y esto es precisamente la respuesta.

Y es que, en verdad, Wittgenstein no quiere dar nada por supuesto, y así sólo puede hacer notar simplemente lo más obvio, y aceptarlo y asumirlo en su obviedad. Y lo más obvio es que la existencia —*mi* existencia— se da en cada instante (es lo presente), y que consiste justamente en una presencia, como un foganazo continuo que Todo lo llena, tramado todo por la lógica de un lenguaje —*mi* lenguaje—: "árboles", "nubes", "mesas", "personas", "mis manos", "partículas", etc., unas así otras así, "blancas", "rojas", "grandes"... todo y sólo lo

que puedo determinar por figuras mediante *mi* lenguaje. Pero esta *presencia* no está ni dentro ni fuera de mí, ni es el Yo ni deja de serlo, sino que es *Todo lo que hay*. El árbol no está *fuera*, sino a cierta distancia de mi cuerpo (que es tanto como el árbol, un objeto); eso que llamamos "Mundo", en general, no está *fuera* de la mente, sino que es su propia proyección. El Yo y el Mundo como sustancias metafísicas no forman parte integrante de lo que está presente (que son los hechos tal y como se presentan, tramados por un lenguaje). Al decir Wittgenstein que *se muestran*, que son el límite inexpresable y trascendental, lo místico, etc., lo que quiere decir es —repito— que no son determinables, que constituyen el fondo misterioso de la existencia. Es eso que, en una palabra, llamamos "Vida", tal y como *se muestra a sí misma*; sin más, tan pura como obvia, tan obvia como inexplicable... Asombrosa. Misteriosa.

[6.521] La solución al problema de la vida se nota en la desaparición de ese problema. (¿No es esta la razón por la que personas que tras largas dudas llegaron a ver claro cuál era el sentido de la vida, no pudieron decir, entonces, en qué consistía tal sentido?)

[6.522] Lo inexplicable, ciertamente, existe. Se muestra, es lo místico.

Y lo místico (o lo misterioso) es justamente el Todo en que consiste nuestra existencia, el Todo en que consiste este puro instante en que algo acaece. Sería un error decir que *eso* acaece *delante de mi*, pues *eso* soy Yo mismo, tanto como es el Mundo; es *mi* Vida, *mi* existencia en su Ser puro e inmediato; un Ser que es también un Pensar. E insisto en el tema de esta inmediatez, instantánea y atemporal, pues también sobre ello recae explícitamente Wittgenstein (algo que nos recuerda mucho a Nietzsche):

[6.3611] No podemos comparar ningún proceso con el 'decurso del tiempo' —éste no existe—, sino sólo con otro proceso (con la marcha del cronómetro, por ejemplo).

[6.431] Al igual que en la muerte el mundo no cambia, sino que cesa.

[6.4311] La muerte no es un acontecimiento de la vida. No se vive la muerte. [] Si por eternidad se entiende, no una duración temporal infinita, sino atemporalidad, entonces vive eternamente quien vive en el presente. [] Nuestra vida es tan infinita como ilimitado es nuestro campo visual.

Nuevamente Wittgenstein nos lo permite ver claro. Cuando habla del Mundo, no habla de una realidad externa, independiente del pensamiento o del Yo. Si cesa el Yo, entonces el Mundo también cesa, porque son absolutamente co-extensos, idénticos en su indeterminación.

Respecto al dilema Yo-Mundo, la postura de Wittgenstein no es partidista, sino conciliadora (al igual que en Hegel), y no pretende sustituir un dualismo metafísico por un monismo, sino que cierra el sistema recurriendo a la *apertura*, a lo místico brindado por una

Lógica igualmente mística y trascendental:

[4.128] Las formas lógicas son anuméricas. [] Por eso no hay en lógica números prominentes, y por eso no hay monismo o dualismo filosóficos, etc.

Wittgenstein es, a la luz de todas estas sentencias, plenamente consciente del problema que le ocupa, y es plenamente consciente de haber hallado una solución definitiva a este problema (así de tajante lo escribe él mismo en su prólogo). Y está claro que, dentro de su *Tractatus*, el propio Wittgenstein ha venido empleando tanto la noción de Yo como la noción de Mundo para hacerse entender, señalando hacia una *subjetividad* que piensa los hechos por medio de las proposiciones, y hacia un mundo que resulta figurado... Y es por esto, claro, que al final del texto deba dar un giro rotundo y lapidario, que repercuta sobre todo lo que hemos leído, para que volvamos a leerlo de nuevo desde el principio, entendiéndolo todo mejor. Al final, todo el discurso del *Tractatus* se contrae hasta sólo afirmar la obvia —y profunda— Vida, hasta no afirmar nada más que un “Lo que hay es lo que hay”...; y afirmar esto es, cabalmente, tan obvio como absurdo:

[6.54] Mis proposiciones esclarecen por qué quien me entiende las reconoce al final como absurdas, cuando a través de ellas —sobre ellas— ha salido fuera de ellas. (Tiene, por así decirlo, que arrojar la escalera una vez que ha subido por ella.) [] Tiene que superar estas proposiciones; entonces ve correctamente el mundo.

[7] De lo que no se puede hablar hay que callar.

Y todo esto que hemos leído —por ejemplo, que Yo soy mi Mundo, o que Mundo y Vida son una y la misma cosa, etc.— está en el texto de Wittgenstein. Al ofrecer mi interpretación, yo no tengo la impresión de estar inventándome nada, ni de estar poniendo en la pluma de Wittgenstein sentencias que él no escribiera. Es posible que Wittgenstein dedicara muy pocas sentencias de su texto a la exposición de este problema, pero creo en realidad que empleó las sentencias justas y necesarias. Creo, en efecto, después de todo, que el *Tractatus* lo dice todo por sí mismo y que sólo hay que leer con atención; y también, quizá —como el propio Wittgenstein apunta en su prólogo—, habiendo pensado antes por uno mismo los pensamientos que aquí se expresan.